

LOUISE PENNY

# UNA REVELACIÓN BRUTAL

Traducción del inglés de  
Ana Herrera Ferrer



Título original: *The Brutal Telling*

Ilustración de la cubierta: Dirk Wustenhagen / Trevillion Images

Copyright © Louise Penny, 2009

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

*The Bells of Heaven* by Ralph Hodgson  
used with permission of Bryn Mawr College

Excerpts from *Morning in the Burned House*, by Margaret Atwood  
© Margaret Atwood, 1995

Used with permission of McClelland & Stewart Ltd,  
the Houghton Mifflin Company and Curtis Brown Ltd, London

Excerpt from «Gravity Zero» from *Bones*, by Mike Freeman  
© Mike Freeman 2007. Used with permission of the author

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra son ficticios.  
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-04-3  
Depósito legal: B-3.303-2015

1<sup>a</sup> edición, febrero de 2015  
*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*A la SPCA de Monterege, para la prevención de la crueldad en el trato a los animales, y a todas las personas que tocan las «campanas del cielo».*

*Y a Maggie, que finalmente entregó todo su corazón.*



## UNO

—¿Todos? ¿Los niños también? —Los restallidos del fuego que crepitaba en el hogar acallaron su exclamación entrecortada—. ¿Masacrados?

—Peor.

Entonces se hizo el silencio. Y en aquella pausa cobraron vida todas las cosas que podían ser peores que una masacre.

—¿Y están cerca?

Un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar que algún ser horrendo reptaba por el bosque. Que se acercaba a ellos. Miró alrededor, casi convencido de que descubriría unos ojos rojos al acecho tras las oscuras ventanas. O por los rincones, o debajo de la cama.

—Por todas partes. ¿No has visto la luz que brilla en el cielo por la noche?

—Creía que era la aurora boreal.

Los tonos fluctuantes de rosa, verde y blanco que flotaban ante las estrellas parecían un ser vivo, creciente, lleno de resplandor. Y cada vez más cercano.

Olivier Brulé bajó la vista, incapaz de seguir sosteniendo la mirada, lunática y atormentada, del hombre que tenía enfrente. Llevaba mucho tiempo oyendo aquella historia y diciéndose que no era real. Era sólo un mito, una leyenda que se contaba y se repetía e iba adornándose cada vez más. Junto al fuego de un hogar como aquél.

Sólo era un cuento. No hacía daño a nadie.

Sin embargo, en aquella cabaña de troncos escondida en lo más agreste de Quebec, parecía algo más. Hasta Olivier empezaba a creérsela. Quizá porque era evidente que el ermitaño lo hacía.

El viejo estaba sentado en su butaca a un lado del hogar de piedra, y Olivier al otro. Este último contempló aquel fuego que llevaba más de un decenio encendido. Una vieja llama a la que no se permitía morir, que susurraba y crepitaba en la chimenea y alumbraba con su luz tenue la cabaña de troncos. Removió un poco las ascuas con el sencillo atizador de hierro y las chispas ascendieron por la chimenea. En la oscuridad, al reflejar la llama, los objetos brillantes titilaban como la luz de las velas.

—Ya falta poco.

Los ojos del ermitaño destellaban como un metal a punto de alcanzar su punto de fusión. Estaba inclinado hacia delante, como solía hacer cuando se relataba aquella historia.

Olivier examinó la habitación. Punteaban la oscuridad unas velas vacilantes que arrojaban sombras fantásticas, tenebrosas. La noche parecía haberse colado por las rendijas que quedaban entre los troncos para aposentarse en la cabaña, acurrucada en los rincones y escondida bajo la cama. Muchas tribus nativas creían que el mal vivía en las esquinas y por eso sus viviendas tradicionales eran redondas. A diferencia de aquellas casas cuadradas que les había dado el gobierno.

Olivier no creía que el mal viviese en las esquinas. Claro que no. Al menos, no a plena luz del día. En cambio, sí creía que en los rincones oscuros de la cabaña se agazapaban cosas que sólo conocía el ermitaño. Cosas que aceleraban los latidos del corazón de Olivier.

—Sigue —dijo intentando que su voz sonara firme.

Era tarde y Olivier todavía tenía veinte minutos de camino por el bosque para volver a Three Pines. Hacía aquel mismo recorrido cada quince días y lo conocía muy bien, incluso a oscuras.

Sólo a oscuras. La relación entre ellos dos sólo existía después del anochecer.

Se estaban tomando un té negro. Olivier sabía que se trataba de la variedad Orange Pekoe, una exquisitez reservada para el huésped más apreciado del ermitaño. Su único huésped.

En cualquier caso, era la hora de los cuentos. Se acercaron más al fuego. Estaban a principios de septiembre y un hálito de aire frío se había extendido con la noche.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Ya me acuerdo.

Olivier apretó las manos con más fuerza todavía en torno a la taza humeante.

—La fuerza terrible lo ha destruido todo a su paso. El Viejo Mundo y el Nuevo. Todo arrasado. Excepto...

—¿Excepto qué?

—Un pueblecito diminuto sigue intacto. Está escondido en un valle, por eso el ejército macabro no lo ha visto aún. Pero lo verá. Y cuando eso ocurra, su gran líder se pondrá a la cabeza del ejército. Es enorme, más alto que cualquier árbol, y va vestido con una armadura hecha de piedras, conchas puntiagudas y huesos.

—El Caos...

La palabra susurrada desapareció en la oscuridad y buscó un rincón donde acurrucarse. Y esperó.

—El Caos. Y las Furias. Enfermedad, Hambruna, Desesperación. Como un enjambre. Buscando. Y no van a detenerse. Jamás. Hasta que lo encuentren.

—Lo que les robaron.

El ermitaño asintió con una expresión sombría, como si estuviera presenciando la matanza, la destrucción. Como si viese a hombres, mujeres y niños huir de aquella fuerza cruel y desalmada.

—Pero ¿qué era? ¿Qué podría ser tan importante para justificar la destrucción absoluta con tal de recuperarlo?

Olivier tuvo que esforzarse para no apartar los ojos de aquel rostro surcado por las arrugas y dirigirlos a la oscuridad. Al rincón, a aquel objeto metido en un humilde saquito de lona de cuya presencia ambos eran conscientes. Pero el ermitaño pareció leer sus pensamientos y Olivier vio que una sonrisa malévolamente se instalaba en la cara del viejo. Y luego desaparecía.

—No es el ejército quien quiere recuperarlo.

Ambos vieron entonces la cosa que se cernía tras el terrible ejército. Aquello a lo que hasta el Caos temía. Lo que llegaba precedido por la Desesperación, la Enfermedad, la Hambruna. Con un único objetivo: encontrar lo que se le había arrebatado a su amo.

—Es peor que una masacre.

Hablaban en voz baja, apenas entre susurros. Como conspiradores de una causa ya perdida.

—Cuando el ejército finalmente encuentre lo que anda buscando, se detendrá. Y se hará a un lado. Y entonces llegará lo peor que pueda imaginarse.

Se hizo de nuevo el silencio. Y en aquel silencio cobró vida lo peor que podía imaginarse.

Fuera, una manada de coyotes se puso a aullar. Tenían acorralado a algún animal.

No es más que un mito, se tranquilizó Olivier. Sólo un cuento. Miró de nuevo hacia las brasas para no ver el terror reflejado en el rostro del ermitaño. Luego consultó su reloj inclinando el cristal hacia el hogar hasta que la esfera brilló, anaranjada, y le mostró la hora. Las dos y media de la madrugada.

—Se acerca el Caos, hijo, y nadie puede detenerlo. Ha tardado mucho, pero ya está aquí.

El ermitaño asintió con los ojos empañados y llorosos, a saber si por el humo del hogar o por alguna otra razón. Olivier se echó hacia atrás, sorprendido al notar que le dolía todo el cuerpo pese a tener tan sólo treinta y ocho años, y se dio cuenta de que se había mantenido en tensión mientras escuchaba aquel relato espantoso.

—Lo siento mucho. Se ha hecho tarde y Gabri estará preocupado. Tengo que irme.

—¿Ya?

Olivier se levantó, accionó la bomba para echar agua fría en el fregadero de esmalte y enjuagó la taza en él. Luego se volvió hacia la sala.

—Volveré pronto. —Sonrió.

—Voy a darte una cosa... —dijo el ermitaño mirando a su alrededor.



La mirada de Olivier se dirigió hacia el rincón donde se encontraba el saquito de lona. Sin abrir. Cerrado con un trozo de cordel.

El ermitaño soltó una risita.

—Quizá algún día, Olivier. Pero hoy no.

Se acercó a la repisa de la chimenea, tallada a mano, cogió un objeto muy pequeño y se lo tendió al hombre rubio y atractivo.

—Por las provisiones.

Señaló las latas, el queso, la leche, el té, el café y el pan que había encima del mostrador.

—No, no, ni hablar. Faltaría más —dijo Olivier, aunque ambos sabían que era una farsa y que al final aceptaría el pequeño obsequio—. *Merci* —añadió Olivier, ya en la puerta.

En el bosque se oía el ruido frenético de los pasos de alguna criatura condenada que salía corriendo para huir de su destino y de los coyotes que la perseguían para cumplirlo.

—Ten mucho cuidado —advirtió el anciano, al tiempo que echaba un vistazo al cielo nocturno. Luego, antes de encajar la puerta, susurró una única palabra que fue devorada al instante por el bosque. Olivier se preguntó si después de cerrar, apoyado en la cara interior de la puerta —que era gruesa, aunque tal vez no lo suficiente—, el ermitaño se santiguaría y murmuraría alguna oración.

Y se preguntó si el anciano se creería de verdad la historia del antiguo y macabro ejército encabezado por el Caos, que se agazapaba tras las Furias. Inexorable, imparable. Cercano.

Y tras él, algo más. Algo innombrable.

Y se preguntó si el ermitaño creería en la oración.

Olivier encendió la linterna y escudriñó la oscuridad. Los troncos grises de los árboles se apiñaban en torno a él. Dirigió el haz de luz aquí y allá, en busca del estrecho camino en el frondoso bosque de finales del verano. En cuanto lo encontró, se apresuró a seguirlo. Cuanto más aceleraba el paso, más lo atenazaba el miedo; y cuanto más temor sentía, más deprisa corría, hasta que terminó por avanzar

a trompicones, perseguido por oscuras palabras en los bosques oscuros.

Por fin salió de entre los árboles y se detuvo, tambaleante; apoyó las manos en las rodillas flexionadas para recuperar el aliento. Luego, al incorporarse poco a poco, miró hacia abajo, al pueblo que se levantaba en el valle.

Three Pines dormía, como siempre. En paz consigo y con el mundo. Sin saber lo que ocurría a su alrededor. O quizá lo supiera todo, pero en cualquier caso había elegido la paz. Una luz tenue brillaba en algunas ventanas. En las casas humildes y viejas, las cortinas estaban corridas. El dulce aroma de las primeras chimeneas encendidas del otoño subió flotando hasta él.

Y en el mismísimo centro del pequeño pueblecito de Quebec se alzaban tres grandes pinos, como vigías.

Olivier estaba a salvo. Y entonces se tocó el bolsillo.

El regalo. El diminuto pago. Se lo había dejado.

Maldiciendo, Olivier se volvió y miró hacia el bosque, que ya se había cerrado tras él. Y pensó de nuevo en la pequeña bolsa de lona en el rincón de la cabaña. El objeto que el ermitaño había hecho oscilar ante su rostro como una provocación, como una promesa. El objeto que ocultaba aquel hombre oculto.

Olivier estaba cansado, harto y furioso consigo mismo por haberse olvidado la baratija. Y furioso con el ermitaño por no haberle dado la otra cosa. La que creía haberse ganado ya.

Tras un instante de duda, dio media vuelta para sumergirse de nuevo en el bosque y notó que el miedo crecía otra vez en él y alimentaba su rabia. Y cuando echó a andar, y luego a correr, lo persiguió una voz que iba azuzándolo. Que lo empujaba a avanzar.

«Ha llegado el Caos, hijo.»

## DOS

—Cógelo tú.

Gabri tiró de las mantas hacia arriba y se quedó quieto. Sin embargo, el teléfono seguía sonando y, a su lado, Olivier estaba totalmente ausente. Gabri vio que la llovizna golpeaba el cristal y notó que la húmeda mañana dominical iba instalándose en su dormitorio. Pero debajo del edredón se estaba cómodo y caliente, y no tenía ninguna intención de moverse.

Tocó a Olivier.

—Despierta.

Nada, sólo un ronquido.

—¡Fuego!

Nada todavía.

—¡Ethel Merman!

Nada. Por Dios, ¿estaría muerto?

Se inclinó hacia su compañero y se fijó en su bonito cabello, que ya clareaba, extendido sobre la cara y encima de la almohada. Con los ojos cerrados, pacífico. Gabri aspiró el aroma de Olivier, almizclado, ligeramente sudoroso. Pronto se ducharían y los dos olerían a jabón Ivory.

El teléfono volvió a sonar.

—Es tu madre —susurró Gabri al oído de Olivier.

—¿Qué?

—Coge el teléfono. Es tu madre.

Olivier se incorporó esforzándose por abrir los ojos, amodorrado, como si emergiera de un túnel muy largo.

—¿Mi madre? Pero si murió hace años...

—Si hay alguien capaz de volver de la tumba para joderte es ella.

—Quien me está jodiendo eres tú...

—Más quisieras. Pero contesta a la llamada.

Olivier estiró un brazo por encima de la montaña que representaba la figura de su compañero y cogió el teléfono.

—*Oui, allô?*

Gabri volvió a meterse en la cama calentita, y luego miró la hora en el reloj digital. Las seis cuarenta y tres. Domingo por la mañana. En el puente del Día del Trabajo.

¿A quién se le ocurría llamar a aquellas horas?

Se incorporó y miró a su compañero a la cara, examinándolo como haría un pasajero con el rostro de un auxiliar de vuelo durante el despegue. ¿Parecía preocupado? ¿Asustado?

Vio que la expresión de Olivier pasaba de una preocupación relativa al asombro, y luego, al instante, sus rubias cejas se hundieron y toda la sangre desapareció de su rostro.

«Dios mío —pensó Gabri—. Vamos a estrellarnos.»

—¿Qué pasa? —vocalizó, sin emitir ningún sonido.

Olivier escuchaba en silencio. Pero su agraciado rostro era bastante elocuente. Había ocurrido algo terrible.

—¿Qué ha pasado? —susurró Gabri.

Atravesaron el parque a todo correr, con los impermeables ondeando al viento. Myrna Landers, en lucha con su enorme paraguas, salió a su encuentro y corrieron juntos hacia el *bistrot*. Ya amanecía, y el mundo era gris y húmedo. Apenas unos pocos pasos los separaban del establecimiento, pero llegaron con el cabello apelmazado y la ropa empapada. Sin embargo, por una vez, ni a Olivier ni a Gabri les importó. Patinaron hasta detenerse bruscamente junto a Myrna en el exterior del edificio de ladrillos.

—He llamado a la policía. Llegarán pronto —dijo ella.

—¿Estás segura?

Olivier miró a su amiga y vecina. Era grande y gorda, estaba toda mojada y llevaba unas botas de goma amarilla, un impermeable verde lima y un paraguas rojo en la mano. Parecía una pelota de playa que hubiera estallado en mil pedazos. Pero la verdad es que nunca la había visto tan seria. Estaba segura, desde luego.

—He entrado para comprobarlo —contestó.

—Ay, Dios mío... —susurró Gabri—. ¿Y quién es?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —preguntó Olivier. Y luego miró por las ventanas con parteluces de su *bistrot* colocándose las esbeltas manos en torno a la cara para tapan la débil luz de la mañana. Myrna alzó su paraguas de un rojo intenso para protegerlo.

El aliento de Olivier empañó la ventana, pero le dio tiempo a ver lo que Myrna también había visto. Había alguien en el interior. Tumbado en el suelo de pino antiguo. Boca arriba.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabri estirándose para mirar por encima del hombro de su compañero.

Pero la cara de Olivier le dijo todo lo que necesitaba saber. Gabri se concentró en la enorme negra que tenía a su lado.

—¿Está muerto?

—Peor.

Se preguntó qué podía ser peor que la muerte.

Myrna era lo más parecido a un médico que tenían en aquel pueblo. Había ejercido como psicóloga en Montreal hasta que un exceso de historias tristes y una pizca de sentido común se habían combinado para impulsarla a dejarlo. Había cargado su coche con la intención de viajar por ahí unos cuantos meses antes de establecerse en algún sitio. Cualquiera lugar que le apeteciera.

Cuando apenas llevaba una hora conduciendo desde Montreal, se había detenido en Three Pines para entrar en el *bistrot* de Olivier a tomar un *café au lait* y un *croissant* y ya no había vuelto a marcharse. Tras descargar el equipaje, había alquilado la tienda contigua y el apartamento del piso superior para montar una librería de viejo.

La gente entraba a buscar libros y conversación. Le llevaban sus historias, algunas encuadernadas y otras de memoria. Ella sabía que algunas eran reales y otras ficticias. Aunque no se las creyera todas, las respetaba por igual.

—Deberíamos entrar —sugirió Olivier—. Para asegurarnos de que nadie toca el cuerpo. ¿Estás bien?

Gabri había cerrado los ojos, pero entonces volvió a abrirlos y ya parecía más sereno.

—Sí, estoy bien. Es la impresión. Pero no sé quién es.

Y Myrna vio en su cara el mismo alivio que había sentido ella al entrar la primera vez. Aunque lo sintieran, era mucho mejor que el muerto fuera un desconocido que un amigo querido.

Al entrar en el *bistrot* iban bien juntos, como si el muerto pudiera levantarse de golpe para agarrar a uno de ellos y llevárselo. Avanzaron poco a poco hacia él y lo miraron con fijeza, mientras algunas gotas de lluvia se les desprendían de la cabeza y de la nariz hacia las ropas gastadas del hombre y formaban un charco en el suelo de anchos tablones. Luego Myrna los apartó un poco con suavidad.

Así se sentían los dos hombres: se habían despertado aquel fin de semana festivo en su cómoda cama, en su cómoda casa, en su cómoda vida, y de repente se encontraban como asomados a un precipicio.

Los tres se alejaron sin hablar, mirándose con los ojos muy abiertos.

Había un muerto en el *bistrot*.

Y no sólo muerto: peor.

Mientras esperaban a la policía, Gabri hizo café y Myrna se quitó el impermeable y se sentó junto al ventanal a contemplar el día neblinoso de septiembre. Olivier preparó la leña en los dos hogares de piedra, uno a cada extremo de la sala, con sus vigas a la vista, y los encendió. Atizó con vigor uno de los fuegos y notó el calor a través de la ropa húmeda. Estaba entumecido, y no sólo por aquel frío insidioso.

Al encontrarse de pie ante el muerto, Gabri había murmurado:

—Pobrecillo.

Myrna y Olivier habían asentido. Lo que veían era un anciano con ropas raídas que les devolvía la mirada. Tenía el rostro blanco, una expresión de sorpresa en los ojos y la boca ligeramente abierta.

Myrna había señalado la parte de atrás de la cabeza. El charquito de agua se estaba tiñendo de color rosa. Gabri se había inclinado un poco más hacia él, con timidez, pero Olivier no se había movido.

Lo que lo tenía subyugado y anonadado no era la nuca destrozada del muerto, sino la parte delantera. El rostro.

—*Mon Dieu*, Olivier, a este hombre lo han asesinado. Ay, Dios mío...

Olivier seguía mirándolo a los ojos.

—Pero ¿quién es? —había susurrado Gabri.

Era el ermitaño. Muerto. Asesinado. En el *bistrot*.

—No lo sé —había respondido Olivier.

El inspector jefe Armand Gamache recibió la llamada justo cuando Reine-Marie y él terminaban de recoger la mesa después del *brunch* del domingo. En el comedor de su apartamento del *quartier* de Outremont, en Montreal, se oía a su segundo al mando, Jean Guy Beauvoir, y a su hija, Annie. No hablaban. Nunca hablaban. Discutían. Sobre todo, cuando la mujer de Jean Guy, Enid, no estaba presente para parar los golpes. Pero Enid tenía que organizar unos cursos de la escuela y se había disculpado por no asistir al *brunch*. Jean Guy, por otra parte, nunca rechazaba una invitación a comer gratis. Aunque tuviera un coste. Y el coste siempre era Annie.

Habían empezado con el zumo de naranja recién exprimido, para continuar con los huevos revueltos y el brie, y seguir con la fruta fresca, los *croissants* y las *confitures*.

—Pero ¿cómo puedes defender el uso de los aturdidos? —preguntó Annie desde el comedor.

—Otro *brunch* estupendo, *merci*, Reine-Marie —dijo David.

Se acercó al fregadero con los platos que llevaba del comedor y besó en la mejilla a su suegra. Era de mediana estatura y su pelo oscuro ya empezaba a ralear. Tenía treinta años, unos pocos más que su mujer, Annie, aunque a menudo parecía más joven que ella. Su rasgo principal, pensaba a menudo Gamache, era su vivacidad. Nada exagerado, pero estaba lleno de vida. Al inspector jefe le había caído bien desde el momento en que su hija los presentó, cinco años antes. A diferencia de otros jóvenes a los que Annie había llevado a casa, sobre todo abogados como ella, aquel joven no había intentado competir con el jefe en plan machito. A Gamache no le interesaba aquel juego. Tampoco lo impresionaba. Lo que sí lo impresionó fue la reacción de David al conocer a Armand y Reine-Marie Gamache. Les dedicó una sonrisa bien abierta, una sonrisa que parecía llenar toda la habitación, y dijo, con toda sencillez:

—*Bonjour*.

No se parecía en nada a ningún otro hombre de los que interesaban a Annie. David no era un erudito, no era un atleta, no era increíblemente guapo. No estaba destinado a convertirse en el próximo primer ministro de Quebec ni en el director de su bufete de abogados.

No, David era abierto y amable, sencillamente.

Ella se casó con él, y Armand Gamache estuvo encantado de llevar a su única hija del brazo al altar, entre él y Reine-Marie. Y de ver que aquel hombre tan bueno se casaba con su hija.

Porque Armand Gamache sabía lo que era no ser bueno. Conocía la crueldad, la desesperación y el horror. Y sabía lo poco apreciada y lo valiosa que era aquella virtud, la bondad.

—¿Preferirías que les pegáramos directamente un tiro a los sospechosos?

En el comedor, la voz de Beauvoir había subido de volumen y tono.

—Gracias, David —dijo Reine-Marie al tiempo que cogía los platos que éste le entregaba.

Gamache tendió a su yerno un trapo de cocina limpio y empezaron a secar mientras Reine-Marie fregaba.



—Bueno —dijo David volviéndose hacia el inspector jefe—, ¿crees que los Habs tienen alguna oportunidad de ganar la copa este año?

—¡No! —chilló Annie—. Lo que quiero es que aprendáis a detener a alguien sin tener que hacerle daño o matarlo. Lo que quiero es que de verdad veáis a los sospechosos como lo que son. Sospechosos. No como criminales infra-humanos a los que se puede pegar, electrocutar o disparar.

—Creo que sí —contestó Gamache mientras ofrecía un plato a David para que lo secara y él mismo cogía otro—. Me gusta ese portero nuevo, y me parece que la delantera ha madurado. Definitivamente, éste es su año.

—Pero su debilidad sigue siendo la defensa, ¿no crees? —preguntó Reine-Marie—. Los canadienses siempre se concentran demasiado en el ataque...

—Intenta arrestar a un asesino armado. Me gustaría ver cómo lo haces. Eres... eres... —farfullaba Beauvoir.

La conversación de la cocina se detuvo y todos se quedaron escuchando a ver qué decía a continuación. Aquella discusión tenía lugar en cada *brunch*, cada Navidad, Acción de Gracias, cumpleaños. Las palabras apenas cambiaban. Cuando no era por los aturdidores, discutían por las guarderías, o la educación, o el medio ambiente. Si Annie decía blanco, Beauvoir decía negro. Llevaban así doce años, desde el ingreso del inspector Beauvoir en el departamento de homicidios de la Sûreté du Québec, a las órdenes de Gamache. Se había convertido en miembro del equipo y de la familia.

—¿Qué soy?

—¡Una picapleitos patética!

Reine-Marie hizo una seña hacia la puerta de atrás de la cocina, que daba a un balconcito metálico y a la salida de incendios.

—¿Vamos...?

—¿Nos escapamos? —susurró Gamache con la esperanza de que lo dijera en serio, aunque ya sospechaba que no era así.

—¿Qué tal si vas y les pegas un tiro, Armand? —preguntó David.

—Creo que Jean Guy desenfunda más rápido que yo —respondió el inspector jefe—. Me daría primero.

—Bueno —respondió su mujer—, aun así, podrías intentarlo.

—¿Picapleitos? —repitió Annie con una voz llena de desdén—. Fantástico. Eres un idiota fascista.

—Supongo que podría usar un aturdidor... —comentó Gamache.

—¿Fascista yo? ¿Fascista? —Jean Guy Beauvoir casi chillaba.

En la cocina, el pastor alemán de Gamache, *Henri*, se incorporó en su lecho y levantó la cabeza. Tenía las orejas enormes, cosa que hacía pensar a Gamache que quizá no fuera de pura raza, sino un cruce entre pastor alemán y antena parabólica.

—Uf... —resopló David.

*Henri* se hizo un ovillo en su cama y fue bastante evidente que, de haber podido, David se habría unido a él.

Los tres contemplaron con melancolía el día lluvioso y fresco de principios de septiembre. Puente del Día del Trabajo en Montreal. Annie dijo algo ininteligible. En cambio, la respuesta de Beauvoir quedó perfectamente clara:

—Que te den.

—Bueno, creo que el debate está a punto de terminar —comentó Reine-Marie—. ¿Más café? —Señaló la cafetera exprés.

—*Non, pas pour moi, merci* —dijo David con una sonrisa—. Y por favor, tampoco le sirvas a Annie.

—Idiota —murmuró Jean Guy al entrar en la cocina.

Cogió un paño de cocina del estante y se puso a secar un plato con furia. Gamache pensó que iba a borrar el dibujo de la marca India Tree.

—Dígame que es adoptada...

—No, es hecha en casa. —Reine-Marie pasó el plato siguiente a su marido.

El cabello oscuro de Annie se asomó un momento a la cocina y luego desapareció.

—Que te den a ti.

—Qué encanto —dijo Reine-Marie.

De sus dos hijos, Daniel era el que más se parecía a su padre. Alto, serio, erudito. Era amable, bueno y fuerte. Al nacer Annie, Reine-Marie pensó, quizá con lógica, que aquella hija se parecería más a ella. Era cálida, inteligente, brillante. Con un amor tan fuerte hacia los libros que se había hecho bibliotecaria y había acabado dirigiendo un departamento en la Biblioteca Nacional de Montreal.

Pero Annie los había sorprendido a los dos. Era aguda, competitiva, divertida. Y también muy intensa en todo lo que hacía y sentía.

Tendrían que habérselo imaginado. De recién nacida, Armand la llevaba a dar interminables paseos en coche para intentar tranquilizarla cuando lloraba. Le cantaba, con su grave voz de barítono, canciones de los Beatles y de Jacques Brel. Y *La Complainte du phoque en Alaska*, de Beau Domme. Era la canción favorita de Daniel, un lamento conmovedor. En cambio, con Annie no tenía el menor efecto.

Un día, después de sujetar con el cinturón a la niña chillona en el asiento del coche, arrancó el motor sin recordar que llevaba puesta una vieja cinta de los Weavers.

Cuando empezaron a cantar en falsete, la niña se calló.

Al principio le había parecido un milagro. Sin embargo, después de cien vueltas a la manzana oyendo la risa de la niña y a los Weavers cantando «*Wimoweh, a wimoweh*», Gamache echó de menos los viejos tiempos y empezó a tener ganas de ponerse a chillar él también. Pero, mientras ellos cantaban, la pequeña leona dormía.

Annie Gamache se convirtió en su cachorro de león. Y al crecer, en una auténtica leona. Pero a veces, mientras paseaban juntos tranquilamente, contaba a su padre sus temores, sus decepciones y las penas cotidianas de su joven vida. Y el inspector jefe Gamache sentía el deseo de abrazarla para librarla de la necesidad de hacerse la valiente a todas horas.

Era así de intensa porque tenía miedo. De todo.

El resto del mundo la veía como una leona noble y fuerte. Él miraba a su hija y veía a Bert Lahr, el León Corbarde. Pero nunca se lo diría a ella. Ni a su marido.

—¿Podemos hablar? —preguntó Annie a su padre, ignorando a Beauvoir.

Gamache asintió y le pasó el trapo de cocina a David. Recorrieron el pasillo y llegaron al cálido salón, lleno de libros bien ordenados y colocados en los estantes, o amontonados bajo las mesas y junto al sofá en pilas no tan ordenadas. *Le Devoir* y *The New York Times* se encontraban sobre la mesita de centro, y en la chimenea ardía un fuego pequeño. No las llamas rugientes de un fuego invernal, sino una llama suave, casi líquida, de principios de otoño.

Hablaron unos minutos de Daniel, que vivía en París con su mujer y su hija y que esperaba otra hija a finales de aquel mismo mes. Hablaron de David, su marido, y de su equipo de hockey, a punto de empezar otra temporada invernal.

Gamache se dedicaba, sobre todo, a escuchar. No estaba seguro de si Annie tenía algo concreto que contarle o simplemente quería charlar. *Henri* entró trotando en la habitación y dejó caer la cabeza en el regazo de Annie. Ella le masajéó las orejas entre gruñidos y gemidos del animal. Al final, éste se echó junto al fuego.

Justo entonces sonó el teléfono. Gamache hizo como si no lo oyera.

—Es el de tu despacho, creo —dijo Annie.

Se lo imaginaba sonando en el antiguo escritorio de madera, junto al ordenador y el cuaderno, en aquella habitación llena de libros, con sus tres sillas y su olor a sándalo y agua de rosas.

Daniel y ella solían sentarse en aquellas sillas de madera giratorias y cada uno hacía dar vueltas al otro hasta que terminaban casi mareados; entretanto, su padre permanecía tranquilamente sentado en su butaca. Y leía. O a veces se limitaba a mirarlos.

—A mí también me lo parece.

Volvió a sonar el teléfono. Era un sonido que todos conocían muy bien, distinto del de otros aparatos. Era el timbre que anunciaba una muerte.

Annie parecía incómoda.

—Que esperen —dijo él tranquilamente—. ¿Querías decirme algo?

—¿Lo cojo? —preguntó Jean Guy, asomado a la entrada del salón. Sonrió a Annie, pero enseguida desvió la mirada hacia el inspector jefe.

—Por favor. Ahora mismo voy.

Se volvió hacia su hija, pero para entonces David ya se había unido a ellos y Annie había adoptado de nuevo su actitud pública. No era demasiado distinta de la privada. Sólo un poquito menos vulnerable, quizá. Y su padre se preguntó brevemente, mientras David se sentaba y cogía la mano de su esposa, por qué necesitaba adoptar aquella actitud pública en presencia de su marido.

—Ha habido un asesinato, señor —susurró el inspector Beauvoir. Apenas se había adentrado en la habitación.

—*Oui* —respondió Gamache mirando a su hija.

—Ve, papá.

Sacudió una mano en el aire no para echarlo de ahí, sino para liberarlo de la necesidad de quedarse con ella.

—Ya iré. ¿Te gustaría salir a dar un paseo?

—Está lloviendo a cántaros —dijo David riendo.

Gamache quería mucho a su yerno, de verdad, pero a veces no se daba cuenta de nada. Annie también se echó a reír.

—Sí, papá, ni siquiera *Henri* querría salir con este tiempo.

*Henri* se levantó de repente y corrió a buscar su pelota. Las palabras fatídicas, «Henri» y «salir», se habían combinado para desatar una fuerza imparable.

—Bueno —dijo Gamache mientras el pastor alemán volvía retozando a la habitación—. Tengo que ir a trabajar.

Dirigió a Annie y David una mirada cargada de significado, luego volvió a mirar a *Henri*. Ni siquiera a David se le podía escapar lo que quería decir.

—Vaya por Dios... —murmuró el joven, de buen talante, y, tras levantarse del cómodo sofá, Annie y él fueron a buscar la correa de *Henri*.

